

DIOS TE VE: RETABLO DE LA CARNE TENTADORA, EL ÁNGEL CAÍDO Y EL (GRAN) HERMANO STARR

Juan Antonio Ramírez

El caso del presidente Clinton, acosado por las repercusiones de su *affaire* con Monica Lewinsky, nos tiene hartos, sin duda. El que un asunto tan banal haya llegado a alcanzar una repercusión política tan grande, ha dejado perpleja a la humanidad pensante. Que paren, por favor, que se ocupen de cualquier otra cosa. ¿A quién le importan las pobres felaciones de una señora complaciente a un baptista reprimido? ¿Por qué ha de interesarnos cuántas fueron, cuándo, dónde y cómo, si hubo o no tocamientos, si se excitaban el uno al otro o sólo uno de ellos, y así sucesivamente? Uf, qué tímidos eran, por comparación, aquellos curas tridentinos en los oscuros confesionarios de nuestra infancia, bajo el yugo del nacional-catolicismo. Bendito secreto de confesión, en cualquier caso, que nos libraba de padecer avalanchas de públicos mea culpas, ridículos, con pucheretes tan lamentables como los que hemos visto estos días en el hombre más poderoso de la Tierra.

Ciudadanos, un esfuerzo más: reprimamos nuestro asco y apuremos el cáliz del hastío. No echemos el caso Lewinsky en saco roto como si se tratase de un asunto menor, porque no lo es. Nada de subestimar sus

implicaciones, su extraordinario valor como un síntoma que interesa a disciplinas poco arropadas por los *medios* como son la historia del arte y la antropología cultural. Se habla mucho últimamente (con razón) de inquisidores y asesores espirituales que ayudarían a vencer las tentaciones del Maligno, todo lo cual tiene un tufillo medieval, o por lo menos muy *ancien régime*, que nos estimula a adoptar una impostación formal arcaica. En consecuencia con esto presento ahora, señoras y señores, este pequeño tríptico con moraleja donde figuran el ángel caído, el justiciero, la fémina (ninfómana) pecadora, el coro de los demonios y de los (in)justos, el Ojo de Dios, la Biblia en verso...

1. Dios te ve

En la tabla central se encuentra el todopoderoso fiscal Kenneth Starr, vestido de Sherlock Holmes (como lo estaba el *Mortadelo* creado por Ibáñez para el tebeo *Pulgarcito* en las primeras entregas del personaje, hacia 1958-59). Hállase el moderno investigador norteamericano escrutando con su lupa las más nimias partículas del universo físico: manchas en los vestidos, pongamos por caso, pero también en el alma, ay, pelos y señales. Lo visible y lo invisible, lo presente y lo pasado. La tal pintura de nuestro arcaizante retablo está dispuesta de tan artificiosa manera que la lente de aumento que con su puño ponzoñoso empuña el detective, coincide con un pavoroso triángulo en cuyo centro campa, como es lógico, el Ojo de Dios (con mayúsculas). No es muy sutil el artificio, pero la claridad didáctica buscada por el pintor parece exigir que el Todopoderoso mire a través del óptico instrumento agigantador que manipula el fiscal. (Dios ve así lo que le muestra su secretario, ¿comprenden?).

Al tal ojo divino aludía agudamente André Glucksmann en un articulito reciente («¿Democracia o teopornocracia?», *El País*, 21 de septiembre de 1998), aunque no parecía ser consciente este autor de toda la enjundia histórica del asunto. Desde luego, se diría que los medios de comunicación actuales han alcanzado, al fin, un ideal largamente anhe-

Juan Antonio Ramírez (1948) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus últimas obras publicadas: *Arte y arquitectura en la época del capitalismo triunfante* (1992), *Ecosistema y explosión de las artes* (1994) y *La metáfora de la colmena* (1998).

lado por los artistas, filósofos, moralistas y políticos del mundo occidental: la omnivivencia. En la historia universal del «punto de vista» (un asunto trascendental de nuestra civilización que merecería los esfuerzos de una investigación amplia y rigurosa) hay algunos hitos encadenados que conducen a la presente situación. Se trataba, desde el principio de los tiempos, de satisfacer el deseo de ver más y mejor, más lejos y más cerca, con mayor precisión, siempre el mayor número de cosas y personas. Ver es saber, pero también es controlar. La invención de la perspectiva geométrica centralizada, descubierta en Florencia a principios del quattrocento, hizo del ojo humano, idealmente inmóvil, el centro de cualquier imagen del mundo. El campo de la visión dependía ahora, claramente, de la posición del que mira, en un mundo poblado de obstáculos como son los objetos del mundo físico, opacos, receptores de luz y creadores de sombras. En este estadio de la evolución, lo visible presupone la existencia de lo no visible.

El *panóptico* fue un invento de la Ilustración, concebido para las cárceles, en un principio (J. Bentham), pero la idea se había aplicado ya en los hospitales del renacimiento: recordemos las naves de los enfermos, dispuestas en cruz, con un ensanchamiento central para que la Eucaristía fuese visible desde los cuatro lados. La hostia consagrada era el Ojo (¿senador?) que a todos los cuerpos dolientes miraba. Sobre el mismo principio se diseñaron luego muchas escuelas, cuarteles, y numerosos ámbitos urbanos donde convenía que «de una mirada» se dominara alguna totalidad espacial. *Vigilar y castigar*, según la lapidaria formulación de Foucault.

Y mientras la arquitectura y el urbanismo ponían de manifiesto esa aspiración a progresar en el incremento del control visual, se aprecia una evolución convergente de la ciencia. Aparecieron y se perfeccionaron los telescopios y los microscopios, las cámaras oscuras, el telégrafo óptico, los trucos de los ilusionistas. En las primeras décadas del siglo XIX emergió esa peculiar combinación de óptica, química y bricolaje que fue la fotografía, un invento trascendental cuyas consecuencias para la historia humana no creo necesario ahora enfatizar.

El cine multiplicó de modo prodigioso los puntos de vista desarrollándose una compleja gramática visual, el montaje. La cámara cambiaba de lugar para lograr sus variadas «tomas de vista» y así es como el espectador veía muchas configuraciones del mismo suceso. También se desplazaba en una dirección determinada (hacia arriba, hacia abajo, hacia los laterales, etc.) y llegaba a hacer visibles, mediante artificios ingeniosos, lugares tan recónditos como los interiores de los cuerpos o

la misma conciencia interior. A ello añadió la televisión los dones de la simultaneidad y de la ubicuidad. Todo era ya visible, al instante, en cualquier lugar. El impresionante abaratamiento del vídeo y de los circuitos cerrados ha conducido finalmente a una situación inédita en la historia humana: sea cual sea el lugar donde te halles no sabemos si «Dios te ve», como se leía en los viejos catecismos, pero es muy probable que una cámara sí te esté filmando.

Situemos en este contexto algunos de los escándalos más sonados de los últimos años: tanto el asunto erótico del tal Daniel Ducruet, ex marido de Estefanía de Mónaco, con aquella artista del strip-tease llamada Fili Houteman (filmado íntegramente y difundido luego *urbi et orbi*), como la desgraciada muerte de Diana de Gales, tienen el común denominador de las cámaras omnipresentes, satisfaciendo ese oscuro e insaciable deseo de convertirnos a todos y a cada uno de nosotros en el ojo (justiciero, sancionador, tal vez asesino) de la divinidad.

¿Es de otra naturaleza el calvario del presidente Clinton? Fascista es la actitud del fiscal Starr, como lo es la mentalidad de ese sector de la sociedad norteamericana que apoya su investigación. Pero reconocer eso no resuelve la cuestión, sino que la agrava: la omnividencia está en el mito literario del «Gran Hermano», y por supuesto no existe privacidad a respetar para ninguna de las múltiples *gestapos* habidas y por haber. A mí me parece que tras la audiencia prodigiosa que ha alcanzado este asunto late esa pulsión secular, de la que hemos hablado, a ampliar indefinidamente el ámbito más o menos imaginario de nuestra *visión*; pero hay más: al ofrecernos a todos la basura acumulada (halagando con ello nuestros más bajos instintos) pretenden los sectores más siniestros y degradados del poder hacernos cómplices de sus ominosos procedimientos y propósitos.

Y aquí surgen algunas preguntas turbadoras: el deseo inmoderado e indiscriminado de ver y de saber, ¿nos hace más sabios o más totalitarios? ¿Podemos verlo todo sin que eso implique necesariamente discriminar, censurar, controlar o extorsionar? ¿Es alcanzable el deseo de poner coto al panóptico universal en la primera civilización de la historia de carácter visual?

Dejemos estas cuestiones sin responder. Abandonemos al tal Starr con su lupa escrutadora y al coro de beaturroneos babeantes, eunucos y cagabiblias con espadas flamígeras, que también están en la pintura besándole los pies al justiciero fiscal (el análisis con rayos X de este retablo reveló los *pentimenti* del artista: en una primera versión, censurada

sin duda por la autoridad, le besaban el culo), y llevemos nuestra mirada a la tabla de la izquierda.

2. *La carne* (¡qué demonio!)

La señora Monica Lewinsky (la palabra «señorita», muy empleada por los periodistas, me parece ridícula, la verdad) campa en el centro de la representación. Tiene los pechos descubiertos, y se ve que el pintor se ha complacido al trabajar en esta parte de la anatomía femenina, acariciando las turgencias ilusorias con su pincel, una y otra vez, muchas veces (no sabemos cuántas, pero el fiscal Starr lo averiguaría si quisiera, haciendo contar las pinceladas a un departamento especializado del FBI; ¿o tal vez lo sepa ya?). Los pechos, en fin, parecen mucho más acabados y relamidos (valga la expresión) que el resto del cuadro, que está más abocetado, con un tratamiento un poco más «impresionista», si se quiere. Se exceptúa la boca, abierta, con los labios formando una especie de círculo, que también ha recibido una atención pictórica metódica. Su expresión, en suma, es pícara y divertida, claramente insinuante. Ha colocado el artista un cesto de fruta sobre una mesa (que a lo mejor es la del mítico Despacho Oval) junto a sus rosáceos pechos, con tantas manzanas, probablemente, como felaciones descubrió el fiscal, pero no tengo ganas de contarlas (las manzanas) para comprobarlo.

La joven es algo gordita, con ojos expresivos. No está mal para encarnar la tentación de *la carne*, y estoy seguro de que muchos (tanto entre los detractores como entre los defensores del presidente) comprenderían, a la vista de esta tabla, que se puede (o se debe) ser débil en determinadas situaciones. Desde luego Clinton ha hablado siempre bien de ella, comportándose en esto como un caballero. Pero se ha pasado demasiado alegremente por alto que también la ciudadana Monica Lewinsky ha sido violentamente atropellada por la maquinaria supuestamente jurídica del inquisidor: se han apropiado de sus fantasías y de sus deseos, le han confiscado sus fetiches y objetos personales (el famoso vestido azul, por ejemplo, maculado por la lluvia de oro regalada por el presidente, y que luce, olvidaba decirlo, en la representación del ala izquierda del tríptico que ahora nos ocupa).

La honra de esta señora ha sido puesta en la picota, conculcando así una ley no escrita, pero acatada tradicionalmente por todos los seres bien nacidos: no se deben airear las aventuras de ninguna mujer (tampoco las de un hombre, pero en fin...), a menos que ella lo desee expre-

samente. Clinton mintió, además de por otras razones, para salvar el honor de *ella*, lo cual debería haberse dicho, aunque eso (como casi todo en este retablo) suene un poco arcaico. Pero, dado que esta figura de fémina se sitúa en un país capitalista y liberal, donde se supone que se respetan los derechos individuales, sorprende mucho que nadie se haya escandalizado por el daño *económico* que se le ha causado.

Veamos: a la señora Lewinsky le habían ofrecido, según parece, ocho o diez millones de dólares por el relato de sus amoríos con el inquilino de la Casa Blanca, y dice mucho a su favor el que hubiera rechazado esas ofertas de enriquecerse explotando un asunto privado que sólo a ella y al otro protagonista concernía. Pero siempre permanecía la posibilidad de que reconsiderase la propuesta de negocio, aceptándolas tal vez más tarde. En cualquier caso su historia era suya. Al divulgarla gratuitamente, a través de Internet, no sólo se ha violado el sacrosanto derecho individual a la intimidad personal, sino que se ha cometido un grosero acto de piratería económica escamoteando a la joven escritora (en ciernes) sustanciosos derechos de autora. Conocidos ya todos los detalles, por boca de la protagonista, contados a morbosos interrogadores interesados hasta en los detalles más nimios, ¿qué le queda para poner en su libro? El fiscal Starr y el Congreso de EE.UU. han robado impunemente una buena pasta a una ciudadana de su país. Y lo mismo han hecho con el pobre Clinton, más pobre tras el expolio que supone la divulgación (también gratuita) de esa película judicial en la que cuenta también *su* historia ante el Gran Jurado, sin recibir ni un níquel por ello.

Preguntas: ¿Sanciona el Congreso norteamericano la idea de que ya no hay derechos de autor en la era Internet? ¿Se considera que no cobrar por una historia escabrosa es la forma terrenal que asume el castigo divino? ¿Piensan los Grandes Poderes (congresistas y fiscales para-fascistas) que una mujer «pecadora» que ha hecho «caer» al presidente no tiene los mismos derechos civiles que el resto de los ciudadanos?

3. *El infierno*

A la derecha, cómo no, para seguir el orden de lectura iconográfica que conduce desde la carne a sus consecuencias se encuentra Bill Clinton, el desgraciado, envuelto por las llamas del infierno. Tiene una gran serpiente enroscada, y si este moderno ángel caído conociera nuestro romancero, bien podría recitar, como el rey Don Rodrigo (aquel por

cuyo desliz con La Cava perdióse España), cuando fue encerrado en su sepultura como penitencia con otra bicha espantosa:

«*Ya me come, ya me come,
por do más pecado había...*»

Rodean al yanqui condenado numerosos reporteros, cámaras de televisión, y una legión de demonios, todos con la cara meliflua del fiscal Starr. Le pinchan con lanzas-leyes, le insultan llamándole «sátiro» o «perjuro» (que es una palabra muy, muy fea), y le filman continuamente, atormentándole con la amenaza de que difundirán a todo el mundo el vídeo donde se le ve cagando. Disputan los demonios sobre los titulares que pondrán a tan importante noticia: «El presidente cagón (¿cagueta?, ¿cagado?, ¿mierdoso?; no hay consenso sobre esto en la horda satánica) sentado en su trono».

Hay entre tanto demoniejo uno que parece ocioso (se asemeja, sorry, un poco a ti, querida lectora o lector), y que lee aplicadamente un texto escrito en un pergamino semienrollado. De ahí sacamos algunas de las frases con las que hincho el perro en la parte final de este retablo-artículo: tentados estamos de suponer que la «era Internet» es la culminación efectiva de aquella aldea global anunciada por McLuhan en los albores de la televisión. Los relatos se habrían convertido ya en chismorreos pueblerinos porque ¿a qué hijo de vecino se le ocurre exigir derechos de autor por el último cotilleo salaz? ¿Y cómo reclamar la paternidad (y cobrar porcentajes) por unas imágenes que se conciben como réplica exacta, instantánea y fugaz de *toda* la realidad?

De momento las cosas están así. Escribo estas líneas un día de septiembre de 1998 en el que todo el mundo calibra las consecuencias políticas y de toda índole que acarreará la difusión del vídeo con las declaraciones de Clinton ante el Gran Jurado (o *la Santa*, como habrían dicho nuestros clásicos). Cualquiera sabe dónde desembocará, a medio plazo, todo este asunto. Se cita con frecuencia la observación de Karl Marx (me parece recordar que es de *El 18 brumario de Luis Bonaparte*) según la cual la historia se da una vez como tragedia y se repite como comedia, y podríamos aplicarla a este caso: el ligue de Clinton con la Lewinsky sería la parodia bufonesca del mucho más enjundioso caso Watergate.

Pero esto no disminuye su gravedad, sino que, a mi modo de ver, la aumenta de una manera espectacular. Grave o trágico es, en efecto, que un presidente de EE.UU. tenga que dimitir, como le pasó a Richard

Nixon, por espiar torticeramente a sus adversarios políticos. Ahora bien, se trata de una historia cuyo final ejemplar hace resplandecer al sistema sociopolítico que lo ha propiciado. ¿Pero qué decir si un presidente se ve acosado y humillado (y tal vez obligado a dimitir) porque el erario público financió generosamente a alguien para que hurgase en la vida íntima del mandatario e hiciera público, con todo detalle, comportamientos sexuales estrictamente privados? Así que no me parece aplicable ahora el comentario genérico de Marx: si el Watergate fue una tragedia, el caso de Clinton lo es también, pero mucho más grave; su efecto devastador puede ser mucho mayor.

Es un desastre que nos afecta a todos, y no sólo por aquello de que «cuando las barbas de tu vecino veas pelar...». Ese infierno en el que vemos a Clinton es también nuestro infierno. Una forma nueva de fascismo nos acecha: no exhibe camisas pardas, pero puede sentirse a gusto con las togas judiciales; nadie está ya a salvo (a la cárcel podemos ir todos en cualquier momento, no importa por qué); se sirve de los principios del mercado libre para alentar las viejas consignas del racismo y de la exclusión; utiliza argucias legalistas y tácticas intimidatorias para fomentar los más rancios valores acerca de la familia, la patria y la moral individual; y finalmente (*last but not least*) este neofascismo aprovecha los más sofisticados avances de la sociedad telemática para excitar el viejo anhelo de la humanidad por el panóptico universal, pero orientando los *objetivos* de tal modo que no quede sin controlar ni un solo resquicio de la actividad personal.

Y ahora, de nuevo a la tabla central. Se ve muy claro: si te la trae al fresco la mirada de Dios no te librarás de la lupa del (Gran) Hermano Starr. Olvidé mencionar un angelillo que le acompaña, diminuto, empuñando una cartela didascálica donde se lee muy clarito:

«Cotilla de la guarda,
inmunda compañía,
¿por qué no me abandonas
ni de noche ni de día?»